ISSN - 0121 - 3520

NOVEDADES COLOMBIANAS

Museo de Historia Natural

Universidad del Cauca

NUEVA EPOCA - No. 5 - DICIEMBRE 1992

POPAYAN - COLOMBIA

OCUPACION PREHISPANICA DEL ALTO PATIA

Diógenes Patiño (Temple University)
Cristóbal Gnecco (Universidad del Cauca)

El Patía, que fluye en una longitud de 360 kilómetros por los departamentos del Cauca y Nariño (**Figura 1**), y cuya cuenca cubre un área de más de 24.000 kilómetros cuadrados, es uno de los ríos más particulares del país: en su parte alta forma un valle interandino situado a un promedio de 700 metros sobre el nivel del mar, mientras sus cursos medio y bajo son perpendiculares a los Andes. El conjunto es una vía natural de comunicación entre las tierras bajas del Pacífico y el interior montañoso. Esta característica fue una de las dos razones que nos llevaron a realizar la investigación en la que está basada este trabajo, llevada a cabo en la zona general del Alto Patía (que incluye los valles de varios ríos, el Guachicono y San Jorge entre ellos) durante 1983 y 1984 con la financiación de la Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales del Banco de la República. La otra fue el casi total desconocimiento arqueológico del área; a pesar de que sólo se contaba con el trabajo que Henri Lehmann (1953) realizó allí en la década del cuarenta, ya se había mencionado la particularidad del conjunto cerámico y de las construcciones funerarias de los valles del Patía y del Guachicono (cf. Reichel-Dolmatoff 1965:132-133). Puesto que es imposible incluir aquí toda la información obtenida por nosotros en esos dos años, en este artículo nos hemos limitado a presentar los rasgos más sobresalientes de la ocupación prehispánica de la parte alta de los valles del río Patía y Guachicono. Datos más específicos pueden ser consultados en Patiño (1982), Patiño y Gnecco (1983) y Gnecco y Patiño (1986).

El alto Patía a principios del Siglo XI

Durante las dos temporadas de reconocimiento y excavación en el área no encontramos evidencias pre-cerámicas de ninguna clase; tampoco encontramos ocupaciones agro-alfareras anteriores a los principios del segundo milenio de nuestra era. Esto sólo quiere decir que el registro arqueológico encontrado e investigado por nosotros no es anterior a esa época, pero no significa que el valle no hubiese sido ocupado o transitado antes; es posible, por ejemplo, que los vestigios de ocupaciones más tempranas hayan sido borrados por la movilidad y capacidad de sedimentación de los ríos.

La ocupacion tardía del área se realizó en terrazas aluviales. Estos asentamientos contienen material cerámico y lítico en posición estratigráfica y en superficie, debido sobre todo a que la suela plana ha sido severamente intervenida durante las últimas décadas por labores agrícolas. La industria alfarera de los pueblos del Patía-Guachicono ha sido clasificada por nosotros en un sólo complejo arqueológico con dos fases secuenciales, que hemos llamado Alto Patía y Guachicono.

Fase Alto Patía

Esta fase, fechada en 870 ± 60 AP (Beta 10766), ha sido observada en el valle plano del río Patía, principalmente en las veredas el Llanito y Angulo, en las regiones de Olaya y La Fonda, respectivamente. La fase Alto Patía está caracterizada por los tipos cerámicos

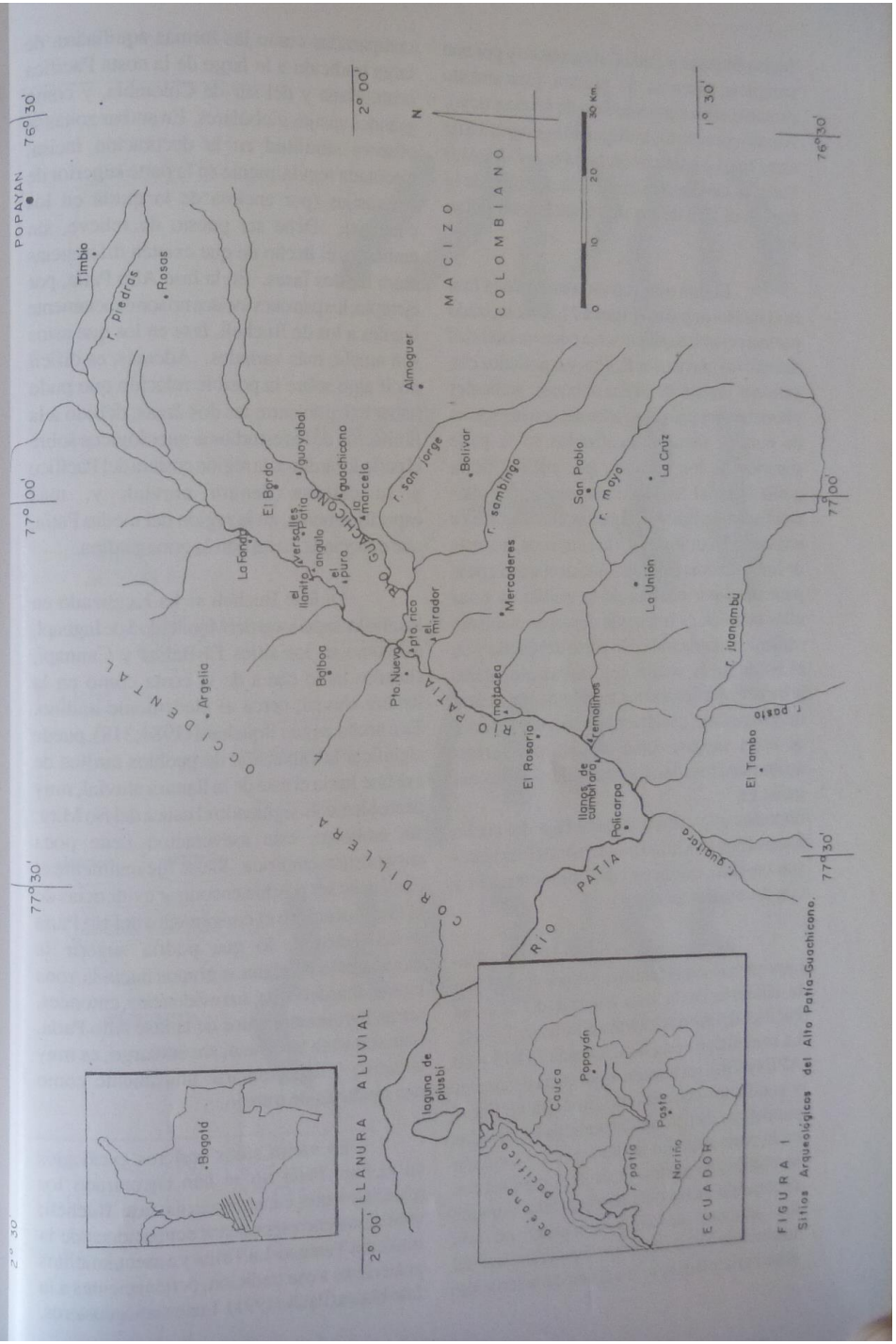

FIGURA 1
Sitios Arqueológicos del Alto Patía-Guachicono.

Inciso-impreso y Patía Cafe arenoso y por una completa ausencia de pintura (únicamente presente en la siguiente fase de la secuencia). Aún no conocemos la dispersión geográfica de estos tipos cerámicos en la parte sur del Alto Patía, ni tampoco la existencia de sitios de la fase en el área de los ríos Guachicono y San Jorge.

El tipo más representativo de la fase es el Inciso-impreso (**Figura 2**), caracterizado por una cerámica que presenta poca variabilidad formal: (a) cuencos sencillos y aquillados con patrones incisos de líneas oblicuas, verticales y horizontales paralelas; además, con impresión de puntos, siempre localizados en la parte superior de los cuencos, por encima de la quilla hasta el borde de las vasijas; (b) ollas aquilladas medianas y pequeñas, con los mismos patrones decorativos de los cuencos, además de líneas curvas paralelas que demarcan zonas punteadas por encima de la quilla; en estas ollas también es frecuente observar el mismo estilo de decoración en la parte del cuello y en el borde de la vasija; (c) vasijas globulares grandes de cuellos anchos, simples o compuestos, muy estrechos; usualmente la sección superior de estas vasijas, como en las otras formas arriba mencionadas, fue decorada con patrones incisos e
impresos que cubren la parte baja del cuello hasta el borde. Otras formas menos frecuentes son cuencos esféricos con labio reforzado y con decoración punteada.

Algunas características del tipo Inciso-impreso han sido identificadas por nosotros en la alfarería de la fase Bucheli de la costa Pacífica del sur de Colombia (Bouchard 1984). La cerámica de esta fase, fechada en 875 ± 80 AP (Ny 636), se caracteriza por cuencos simples y aquillados con decoración incisa de líneas paralelas y de patrones achurados localizados en la parte superior de las vasijas. También son típicas las vasijas globulares grandes con decoración incisa oblicua y paralela. Aunque los patrones decorativos incisos no son totalmente similares entre las cerámicas del Alto Patía y Bucheli, si existen características compartidas como las formas aquilladas, de larga tradición a lo largo de la costa Pacífica ecuatoriana y del sur de Colombia, y como grandes vasijas globulares. En ambas zonas se observa similitud en la decoración incisa, ejecutada regularmente en la parte superior de las vasijas (por encima de la quilla en los cuencos). Debe ser puesto de relieve, sin embargo, el hecho de que existen diferencias entre las dos fases. En la fase Alto Patía, por ejemplo, los patrones incisos no son exactamente iguales a los de Bucheli, fase en los que estos son mucho más variados. Además, es difícil decir algo sobre la posible relación que pudo haber existido entre las dos áreas, debido a la limitación de los estudios arqueológicos sobre el período tardío en la región costera del Pacífico y su extensa llanura aluvial, y, más específicamente, en la región del medio Patía, que conecta la costa con la zona andina.

La fase Bucheli se ha localizado en los niveles superiores del Monticulo 5 de Inguapí, así como en los sitios El Balsal y Caunapí, situados tanto cerca de la costa como en la llanura aluvial, cerca al piedemonte andino. Este hecho, según Bouchard (1984:318), puede significar la expansión de pueblos tardíos de esa fase hacia el este de la llanura aluvial, muy probablemente siguiendo el cauce del río Mira; sin embargo, esta aseveración tiene poca sustentación empírica. Si ese fue realmente el caso, debe ser posible encontrar evidencias de la fase Bucheli en el curso medio del río Patía y del Telembí, lo que podría sugerir la introducción de algunos grupos hacia la zona interandina del Patía; sus evidencias, entonces, serían los asentamientos de la fase Alto Patía. Este supuesto tan lineal, sin embargo, es muy tentativo y debe tomarse únicamente como una hipótesis de trabajo.

En varios sitios costeros excavados en el bajo Patía no se han encontrado los materiales que caracterizan la fase Bucheli; esos sitios corresponden a ocupaciones de la tradición Tumaco-La Tolita y a asentamientos posteriores a esa tradición, pertenecientes a la fase Maina (Patiño 1991). Los estudios costeros,

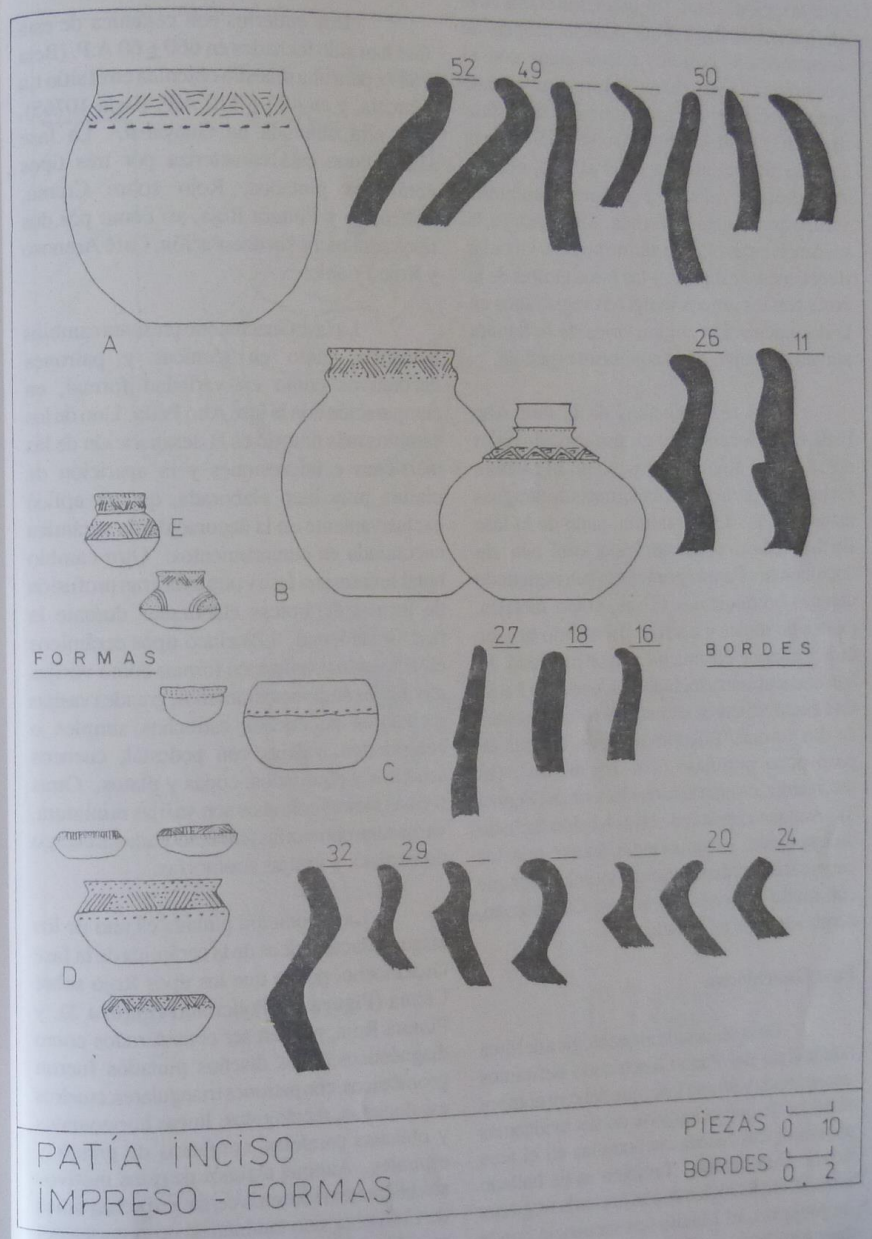

FIGURA 2

tanto del área de Tumaco como del bajo Patía y de la región Guapi-Timbiquí, son claros en la definición de fases arqueológicas propias de asentamientos costeros relacionados con el ecosistema de manglares. Esto probablemente quiera decir que los asentamientos de la fase Bucheli se localizaron en la selva tropical de la extensa llanura aluvial del Pacífico, en una época posterior al 900 AP, lo que representaría un tipo de adaptación distinta. Sin embargo, la evidencia arqueológica aún no permite vincular directamente esta fase y las fases tardías de la costa con los grupos indígenas registrados en la documentación etnohistórica de la llanura aluvial al tiempo de la conquista española.

Los asentamientos de la fase Alto Patía están localizados en terrazas aluviales del río Patía; algunos sitios, como El Llanito, están situados, incluso, en terrazas de antiguas madre viejas. La economía, tanto de la fase Bucheli como del Alto Patía, está aún sin documentar. Para la primera se han registrado algunas herramientas líticas, como metates, manos de moler y hachas. El mismo tipo de útiles, aunque en mucha mayor cantidad, se han encuentrado asociado a la fase Alto Patía. Los enterramientos de esta fueron realizados de dos formas: (a) primarios, en tumbas de pozo poco profundo (1 a 1.5 metros); (b) secundarios, en grandes urnas funerarias (**Figura 3**). Aunque ninguno de ellos ha sido fechado directamente, es importante anotar que los entierros en tumbas de pozo continúan, aunque con modificaciones, en la fase Guachicono, como veremos más adelante.

Fase Guachicono

En la secuencia arqueológica del área interandina del Patía-Guachicono definimos una segunda y última fase, que debe su nombre al hecho de que la mayoría de sus evidencias arqueológicas fueron encontradas en el área del río Guachicono. También se ha hallado material arqueológico de esta fase en las regiones de Mojarras, El Llanito (en secuencia con la fase Alto Patía y su alfarería incisa-impresa), El Puro, Angulo, Versalles y Miraflores, localizadas en el valle plano del alto Patía.

Dos entierros con cerámica de esta fase han sido fechados en 660 ± 60 A.P. (Beta 9689), para una muestra obtenida en el sitio La Marcela, y en 480 ± 110 A.P. (Beta 10765), para otra obtenida en Guayabal. La fase Guachicono está caracteriza por tres tipos cerámicos pintados, Rojo sobre Crema, Polícromo y Pintura Roja, así como por dos tipos cerámicos sin decoración, Café Arenoso y Rojo Friable.

La fase Guachicono presenta cambios evidentes, tanto en técnicas y patrones decorativos como en variedad formal, en comparación con la fase Alto Patía. Uno de los cambios más notorio es la desaparición de las incisiones e impresiones y la aparición de pintura muy bien elaborada, que se aplicó exclusivamente en la decoración de cerámica encontrada en enterramientos. Otro cambio notable entre una fase y otra es la gran profusión de formas cerámicas elaboradas durante la fase Guachicono. Los cinco tipos cerámicos mencionados comparten formas como vasijas globulares de diversos tamaños, grandes vasijas globulares de cuellos estrechos simples o compuestos, vasijas con pedestal, cuencos sencillos y aquillados, copas y platos. Otras formas menos comunes son vasijas miniatura, vasijas antropomorfas (caras adosadas al cuerpo de vasijas), y vasijas zoomorfas.

La decoración pintada es uno de los rasgos característicos de la cerámica de la fase Guachicono, por lo que los tipos Rojo sobre Crema (**Figura 4**), Polícromo (**Figura 5**), y Pintura Roja, pueden ser considerados como diagnósticos. Los diseños pintados fueron geométricos, con patrones triangulares, cuadros escalonados, rectángulos, líneas horizontales y oblicuas paralelas, conjuntos de grecas y espirales. Aunque algunos de estos motivos son ubicuos no sólo en la cerámica prehispánica de Colombia sino también de otras partes del mundo, quizás relacionados con los fosfenos inducidos por la ingestión de agentes sicotrópicos, como Reichel-Dolmatoff

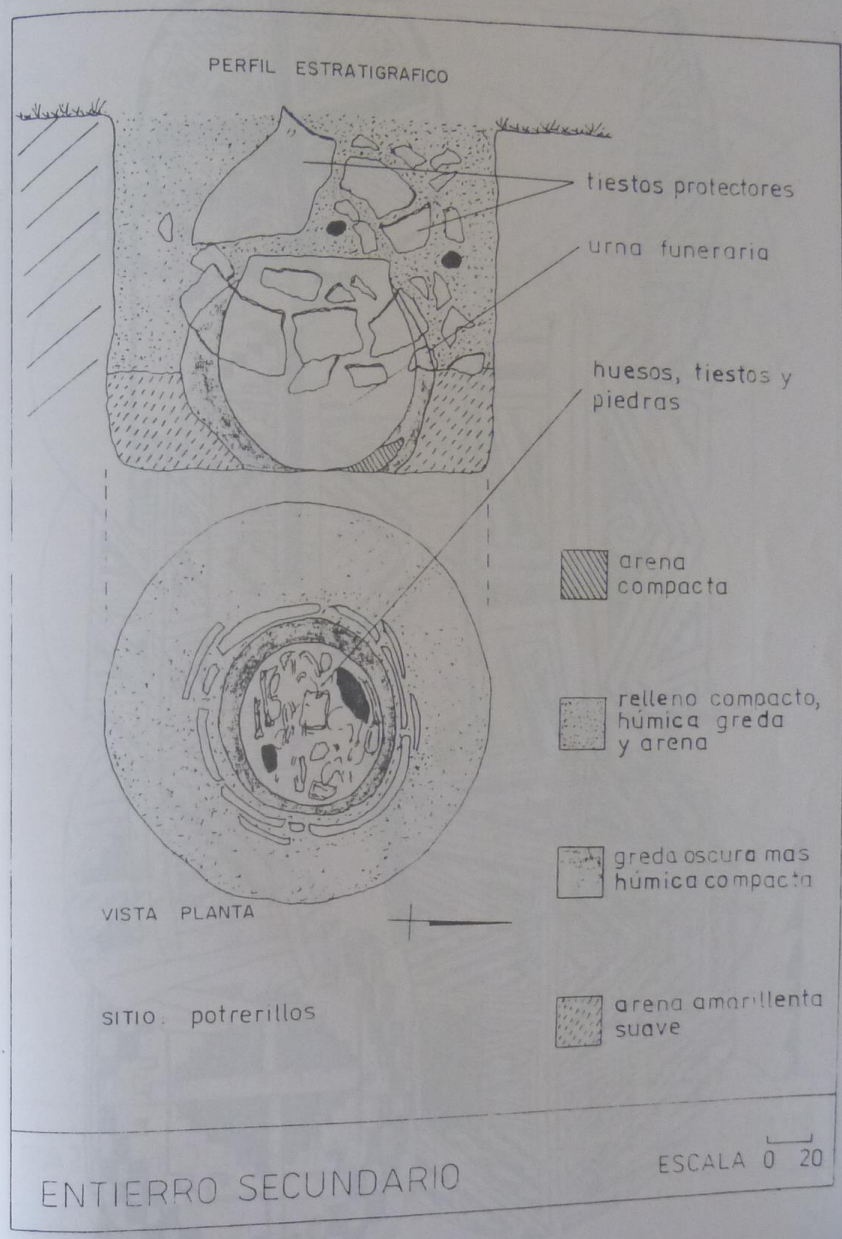

FIGURA 3

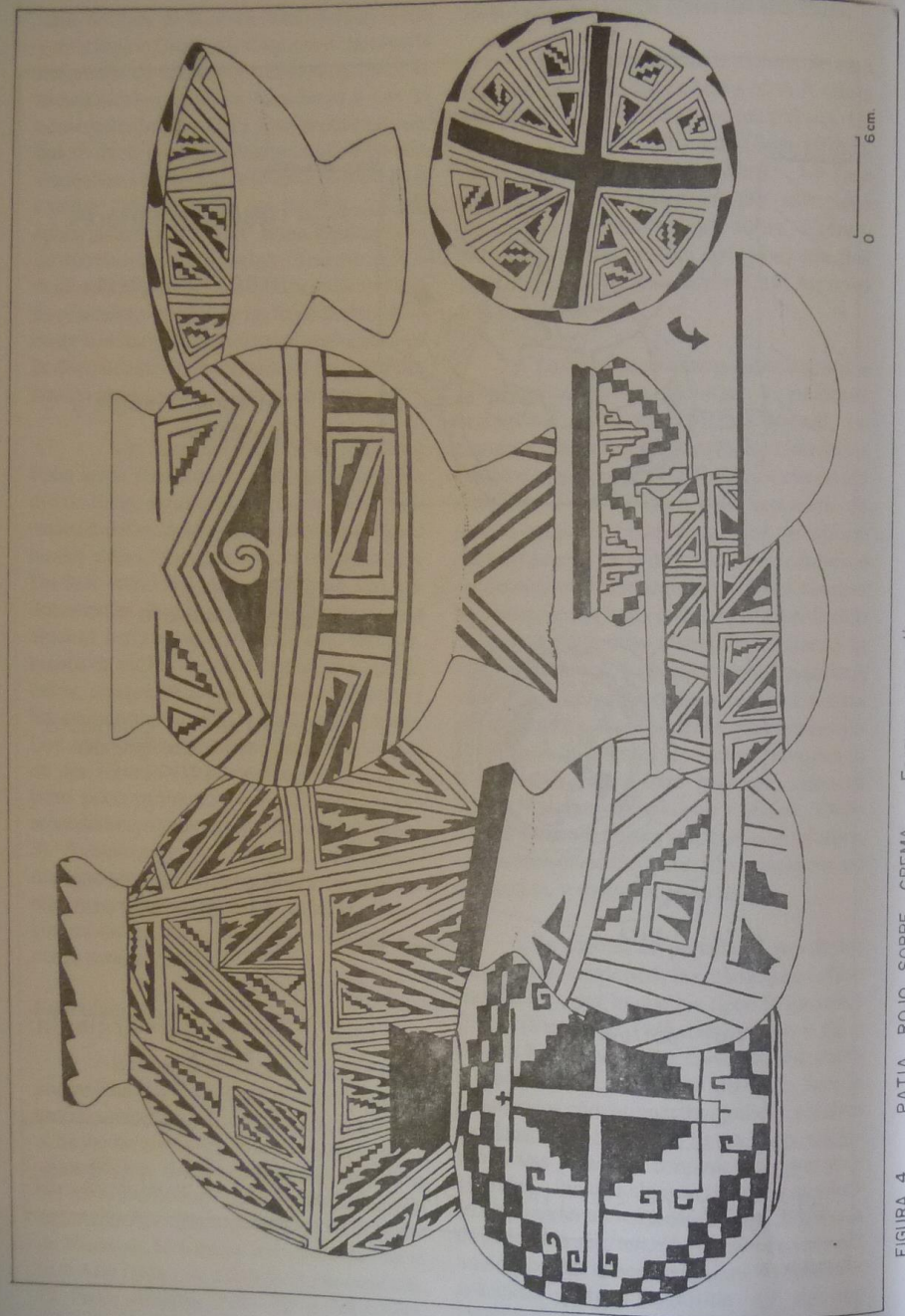

FIGURA 4 PATIA ROJO SOBRE CREMA — Formas y motivos

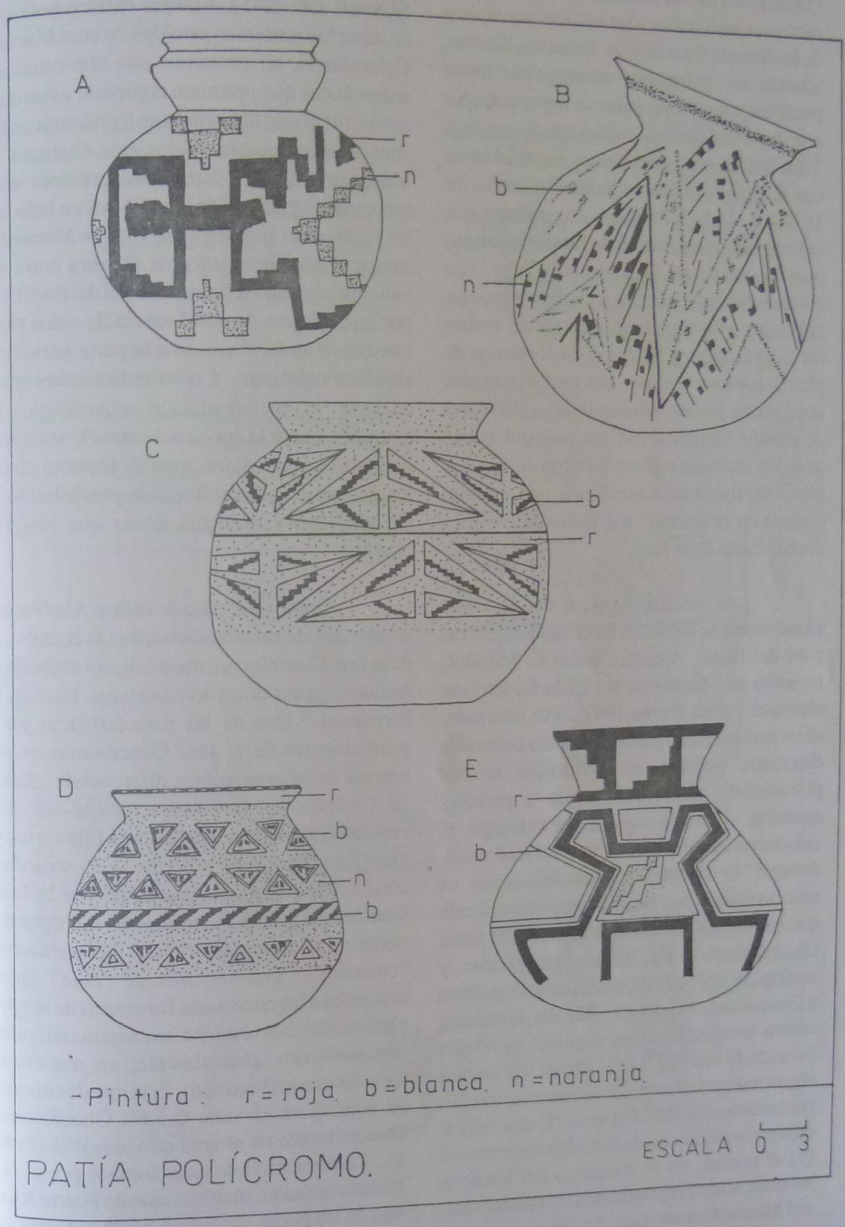

FIGURA 5

(1978:172-178) ha indicado, otros, como los motivos escalonados y las volutas, son típicos de la alfarería Guachicono. Estos dos diseños, además de triángulos, rectángulos, líneas paralelas y franjas pintadas en rojo y patrones cruciformes, son compartidos con el complejo Tuza del altiplano nariñense, especialmente con el tipo Rojo sobre Crema Pulido (Uribe 1979:73). Debe ser notado, sin embargo, que la similitud desaparece en la forma de vasijas, muy distintas entre Guachicono y Tuza. Los colores utilizados fueron rojo, blanco y naranja, aplicados a la superficie externa de vasijas cerradas (cuerpo y borde), y en el interior de platos, cuencos y copas. Las formas pintadas con frecuencia corresponden a vasijas globulares de tamaño variado, ollas con pedestal, copas grandes, cuencos y platos. Por lo demás, los platos del tipo Rojo sobre Crema, con una cruz pintada en su interior, son de los rasgos más diagnósticos de la fase.

Los asentamientos de la fase Guachicono se localizan en el valle de ese río y en del Patía. Algunos, como El Mirador, tuvieron una disposión nucleada en terrazas aluviales (véase Patiño 1982). Por otro lado, sitios pequeños con pocos materiales culturales dispersos podrían ser evidencia de un poblamiento disperso asociado a parcelas agrícolas. No conocemos, sin embargo, el comportamiento temporal de este fenómeno. Aunque la evidencia arqueológica no es concluyente, es posible plantear tentativamente que los límites territoriales de esta fase están circunscritos a los límites geográficos y ecológicos del valle formado por los ríos Patía y Guachicono: (1) al norte del valle, la frontera estaría localizada en las regiones de Piedra Sentada, Rosas y El Tambo, donde se observan algunos rasgos alfareros de la fase en asociación con cerámicas de estilo Popayán; (2) al occidente, en la vertiente oriental de la cordillera occidental; (3) al oriente, en el comienzo del territorio montañoso correspondiente a las estribaciones del Macizo Colombiano. La frontera entre las poblaciones precolombinas de ambas áreas parece, según documentación etnohistórica, estar localizada entre las zonas calientes y templadas del valle y las frías de la montaña (Romoli 1963:245). Aunque existen noticias de numerosos sitios arqueológicos en el Macizo Colombiano, no contamos aún con estudios sistemáticos que permitan comparar estas dos zonas; (4) al sur, la frontera se localizaría en la zona de confluencia de los ríos Guaitara y Mayo en el Patía. Esta zona presenta dos aspectos geográficos de interés: por un lado, el río Patía (en el sitio llamado Hoz de Minamá) rompe la cordillera y forma un abra entre el valle interandino y la llanura aluvial del Pacífico; por otro, el área de confluencia de estos ríos constituye un fácil acceso a la parte norte del altiplano nariñense. Como indicaremos más adelante, la documentación arqueológica y etnohistórica de la época del contacto muestra que esta región fue una zona de frontera entre los asentamientos del valle cálido y los habitantes del altiplano y montaña de lo que hoy es Nariño.

Como en el caso de la fase Alto Patía, no tenemos documentación sobre la economía de la fase Guachicono; abundan, sin embargo, metates, manos de moler, morteros, hachas, y barretones. Una de las características más sobresalientes de la fase Guachicono es su sistema de enterramientos diferenciales. Esto es evidente en las características de los cementerios, tipos de estructuras funerarias y ajuar funerario. Los muertos de la sociedad caracterizada arqueológicamente por la fase Guachicono fueron enterrados en dos tipos de tumbas: (a) entierros de "élite" y (b) entierros "comunes". Los entierros de "élite" están asociados a las estructuras funerarias de mayor elaboración, con una o varias cámaras laterales que contienen, generalmente, un numeroso ajuar funerario (**Figura 6**). Este tipo de entierro es notable en el valle del río Guachicono, especialmente en el área de Guayabal (**Foto 1**). La dispersión de estas tumbas por el río Patía es limitada, siendo el sitio de Puerto Rico uno de los pocos encontrados por nosotros en el sur del valle. Las tumbas de "élite" son de tiro y cámara lateral, excavadas en suelos arenosos compactos con profundidades que varian desde 2 hasta 12 metros, con tiros

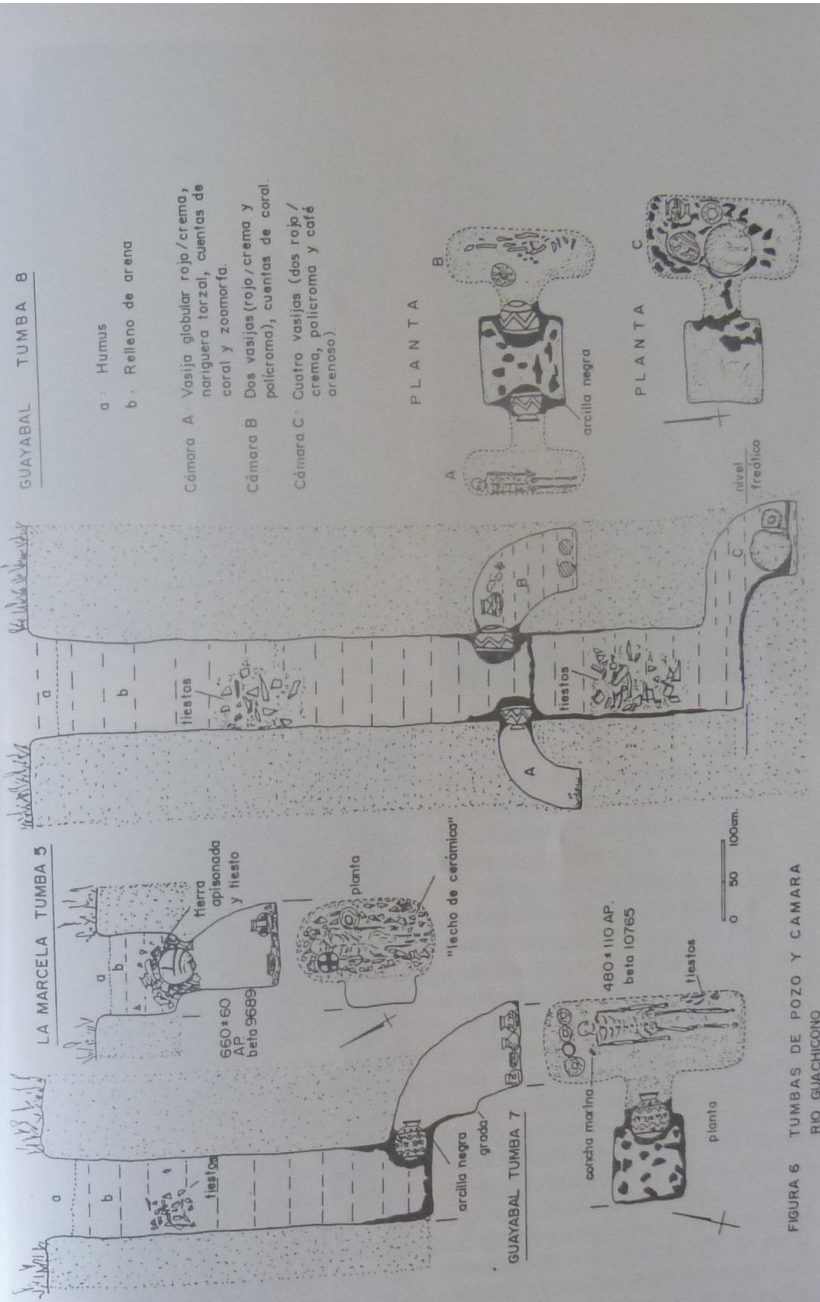

FIGURA 6 TUMBAS DE POZO Y CAMARA RIO GUACHICONO

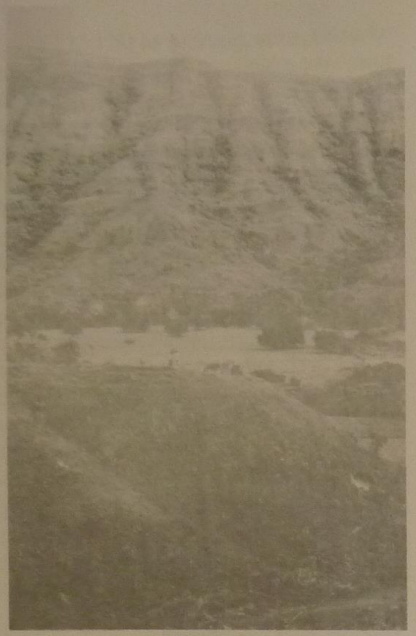

Foto 1

Foto 2

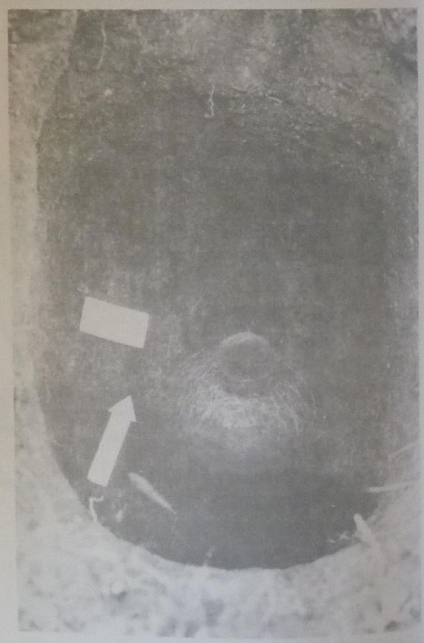

Foto 3

cuadrados, rectangulares o circulares. El relleno del tiro se compone de arena compacta y fragmentos de cerámica hasta alcanzar el nivel de entrada a una cámara lateral de planta rectangular u ovoidal y techo curvo. La característica particular de estas tumbas es que su cámara lateral, generalmente sin relleno, tiene una entrada sellada por una gran vasija globular decorada (**Fotos 2 y 3**). En la cámara, los restos óseos, muy deteriorados por la altura de la tabla de agua, se hallan en posición supina, por lo general orientados hacia el noreste. Escasa evidencia de fibras vegetales asociadas a esqueletos indican, probablemente, que los cadáveres fueron envueltos en fardos funerarios. El ajuar que rodea el entierro consiste en vasijas completas decoradas de los tipos Polícromo, Rojo sobre crema y Pintura roja (**Foto 4**). En algunos casos los cadáveres fueron enterrados con collares de conchas y adornos manufacturados en oro y tumbaga (narigueras, orejeras, pequeños pectorales). Los collares encontrados durante nuestras

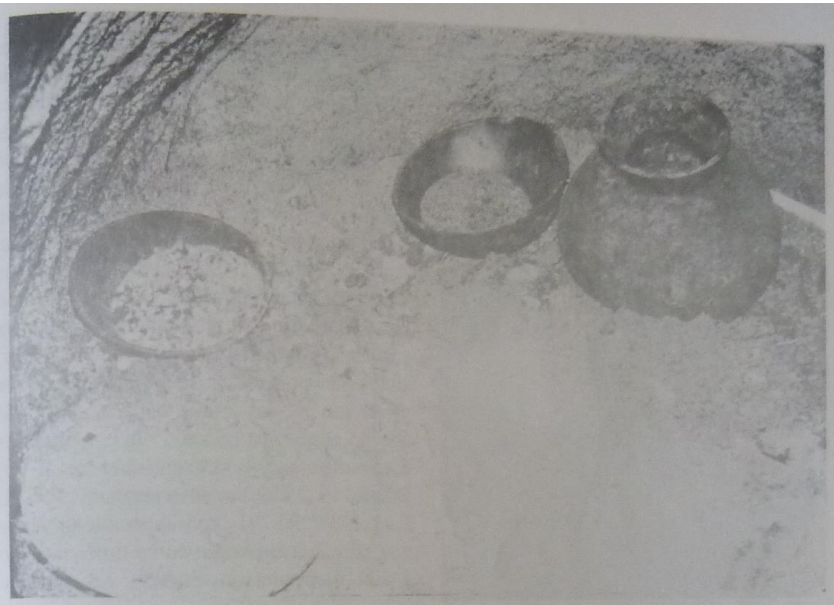

Foto 4

excavaciones en Guayabal fueron elaborados con conchas del género **Arcidae** y con caracoles del género **Terebridae**, ambos provenientes del océano Pacífico. La posición cronológica tardía de las tumbas de "élite" ha sido sustentada por dos fechas de radiocarbono: una, obtenida a partir de una muestra tomada en la tumba 5 de La Marcela fue datada en 650 ± 60 A.P. (Beta 9689); la otra, a partir de una muestra tomada en la tumba 7 de Guayabal fue datada en 490 ± 110 A.P. (Beta 10765) (**Figura 6**).

Los entierros "comunes", que indican con toda probabilidad que los individuos enterrados en ellos tenían un status inferior al de los sepultados en las tumbas de tiro y cámara descritas en el párrafo de arriba, tienen una dispersión mucho más amplia que los de "élite". Los entierros "comunes" fueron relizados en muchos sitios de los valles del Patía, Guachicono, San Jorge, Dos Ríos y Mayo. Estos entierros se localizan tanto en cementerios pequeños de 5 a 15 tumbas (como en El Puro) como en grandes cementerios de hasta 200 tumbas (como en La Marcela). Por otro lado, también encontramos tumbas aisladas, que probablemente corresponden a miembros de una población dispersa retirada de los asentamientos de mayor densidad poblacional. Los entierros "comunes" son tumbas de pozo ensanchado (**Foto 5**), de sección ovoidal o rectangular, con profundidades que varían entre 1 y 2 metros (**Figura 7**). La parte más profunda del pozo fue ensanchada para dar cabida a uno o dos entierros. Los esqueletos fueron colocados en posición supina sobre un "lecho de cerámica" (piso de fragmentos de vasijas de varios tipos de la fase Guachicono) o directamente sobre el suelo de arena compacta. En pocos casos persisten restos de tejido vegetal, lo que sugiere la preparación del muerto en fardos, tal como se observó en los entierros de "élite". Los entierros "comunes" tienen un ajuar funerario consistente en 1 a 3 vasijas domésticas con restos de alimentos colocadas en la cabecera del entierro y, en algunos casos, en la presencia de metates y manos de moler; además, una gran cantidad de fragmentos de cerámica ordinaria rota intencionalmente hacen parte del relleno del tiro, tal como en los entierros de

Foto 5

"élite". La cerámica funeraria de los entierros "comunes" pertenece también a la fase Guachicono, por lo que su ubicación cronológica debe ser similar a las de los entierros de "élite". Una tumba de pozo ensanchado excavada en Galíndez fue datada en 140 + 60 A.P. (Beta 6235). Dos interpretaciones son posibles: o la fecha es aberrante, o es una indicación de que la práctica de enterramientos en pozo ensanchado persistió en el sur del alto Patía hasta el siglo pasado.

Esta diferenciación entre entierros de "élite" y entierros "comunes" contemporáneos puede ser tomada como una evidencia, aunque de ninguna manera concluyente, de que el grupo habitante del alto Pátia había alcanzado el nivel de cacicazgo. Aunque los datos que refuerzan este argumento son solamente los del sistema funerario de la zona de Guayabal, en el valle del Guachicono, creemos que son suficientes para indicar que un tipo de estructuras de enterramiento de esa clase y los items asociados a ellas —incluídos algunos elementos procedentes del Pacífico, que debieron ser de difícil consecución, y que pueden ser identificados, tentativamente, como "bienes de élite" no manufacturados (véase Gnecco 1992), y, sobre todo, la cerámica pintada exclusiva de estas tumbas— no son representativos de sociedades igualitarias. Aunque Binford (1962:222) ha dicho que los bienes de status adquirido (no adscrito) son enterrados con su propietario en algunas sociedades igualitarias, esto quiere decir, simplemente, que el mismo efecto puede ser producido por dos causas distintas. Es claro que no existe una relación directa entre los enterramientos y la organización social (cf. Bradley 1982:109; Feinman y Neitzel 1984:76; Earle 1987:290-291), pero es posible hablar de que estos son expresión de un ordenamiento social jerarquizado cuando se obtiene información sobre diferencias estructurales entre enterramientos de un mismo grupo. Este, como hemos visto, parece ser el caso de la fase Guachicono.

A pesar de los problemas inherentes a las tipologías de formaciones sociales, los arqueólogos siguen usando el concepto de cacicazgo para catalogar sociedades más complejas y grandes, en términos demográficos, que los grupos igualitarios, pero con menos centralización, jerarquización y estructuración social y política que los estados. Aunque la noción de los cacicazgos como sociedades especializadas interdependientes ha cedido paso a su consideración como formaciones de economía generalizada y básicamente autosuficiente (e.g. Earle 1987:292), las investigaciones más recientes indican que no pueden ser consideras como entidades políticas autónomas; de hecho, el sostenimiento de las "élites" y del orden jerárquico dependió en buena medida de una red intercacical de alianzas inestables (cf. Rowlands 1980; Gnecco 1992). En este sentido, es necesario anotar que Reichel-Dolmatoff (1987:133) sostiene que en varias regiones de Colombia, incluído el suroccidente, surgieron cacicazgos entre 2500 y 2000 A.P., con características muy variadas de una región

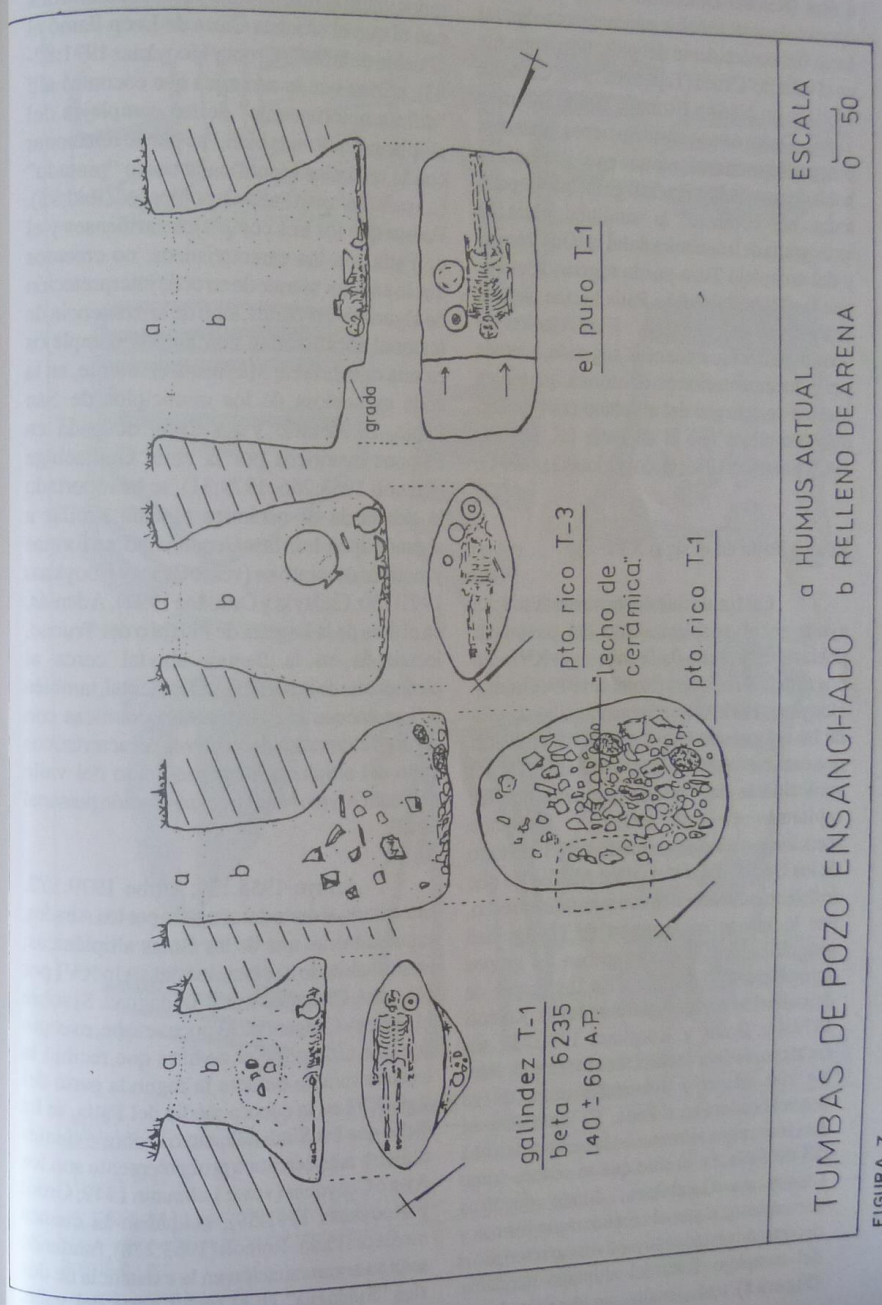

FIGURA 7

a otra (Reichel-Dolmatoff 1977:26). En la época del contacto había cacicazgos en algunas áreas del suroccidente del país, notablemente en el valle del Cauca (Trimborn 1949; Carneiro 1991) y en Nariño (Romoli 1963; Salomon 1986). Dadas estas consideraciones, podemos plantear hipotéticamente que en el alto Patía se había desarrollado un cacicazgo incipiente poco antes del contacto; la similitud entre la iconografía de la cerámica de la fase Guachicono y del complejo Tuza puede sugerir, además, que las "élites" del Alto Patía hacían uso del simbolismo del altiplano. Esta relación de centro-periferia parece estar sugerida, además por la documentación etnohistórica, que indica que los cacicazgos del altiplano eran mucho más complejos que el de Patía (cf. Romoli 1963; Salomon 1986; Groot y Hooikaas 1991).

El alto Patía en el siglo XVI

Las fuentes históricas no son de mucha ayuda en el establecimiento del panorama poblacional del alto Patía en el siglo XVI. En dos estudios recientes (Romoli 1979; Groot y Hooykaas 1991) se puede encontrar la mayoría de las referencias relevantes de los cronistas que escribieron sobre los grupos indígenas del suroccidente del país, lo que evita que las repitamos en este trabajo. Debemos mencionar, sin embargo, que fueron el territorio de los Quillacingas y el de los Abades los que se debieron encontrar en contacto más estrecho, por lo menos en términos de contiguidad geográfica, con el que ocupaban los grupos agro-alfareros del Patía. En los mapas de delimitación territorial de esas étnias (Romoli 1979:44; Groot y Kooykaas 1991:73), sin embargo, se deja vacía el área localizada entre los ríos Mayo y Juanambú cerca de su desembocadura en el Patía. Es justamente en esta zona, especialmente en la margen derecha del río Patía, en el sitio que se conoce como Llanos de Cumbitara, donde nosotros encontramos material cerámico con formas y decoración pintada con motivos característicos del complejo Tuza del altiplano nariñense (**Figura 8**), tradicionalmente identificado con los Pasto históricos (Uribe 1979:154). Groot, quien visitó el mismo sitio y quien lo identifica con el que el cronista Cieza de León llamó el "Pueblo de la Sal" (Groot y Hooykaas 1991:82-83), afirma que la cerámica que encontró allí "difiere notoriamente" de los complejos del altiplano y que, más bien, "se puede relacionar con la cerámica identificada como "pintado" (...) para el alto río Patía-Guachicono" (Ibid:95). Puesto que los tres complejos nariñenses y el de Patía son tan característicos, no creemos que lo anterior se trate de error de interpretación de alguna de las partes, sino de la existencia de material identificable con ambos complejos en una misma área. Más hacia el oriente, en la zona montañosa de los municipios de San Pablo, El Rosario y La Cruz, ocupada en tiempos históricos por la etnia Quillacinga (Romoli 1963:266, 1979:31), se ha reportado la existencia de cerámica pintada similar a algunos tipos de la fase Guachicono, en formas y motivos decorativos (véase Groot y Hooykaas 1991:160; Cadavid y Ordoñez 1992). Además, en el área de la Laguna de Piusbí o del Trueno, localizada en la llanura aluvial cerca al piedemonte de la cordillera Occidental, también se han encontrado evidencias cerámicas con algunos elementos decorativos característicos tanto del altiplano nariñense como del valle del Patía (Alvaro Negret, comunicación personal 1992).

Arroyo 1955:139; Uribe 1979:172. El territorio al norte del ocupado por los Abades, supuestamente una de las étnias altiplánicas, estaba habitado a principios del siglo XVI por Masteles, Chapanchicas y Sindaguas. Si sobre Masteles y Chapanchicas poco se sabe, excepto que este último fue el nombre que recibió la frontera minera durante la segunda parte del siglo XVI en la cuenca media del Patía, se ha dicho que los Sindagua, cuyos sobrevivientes actuales más cercanos probablemente son los Awa o Cuayquer (véase Lehmann 1949; Groot y Hooykaas 1991:59), ocupaban la cuenca media del Patía. Romoli (1963:278), fundando toda su argumentación en la existencia de dos ríos "Sindagua" en el sector norte del valle, afirma que esta étnia estaba asentada no sólo

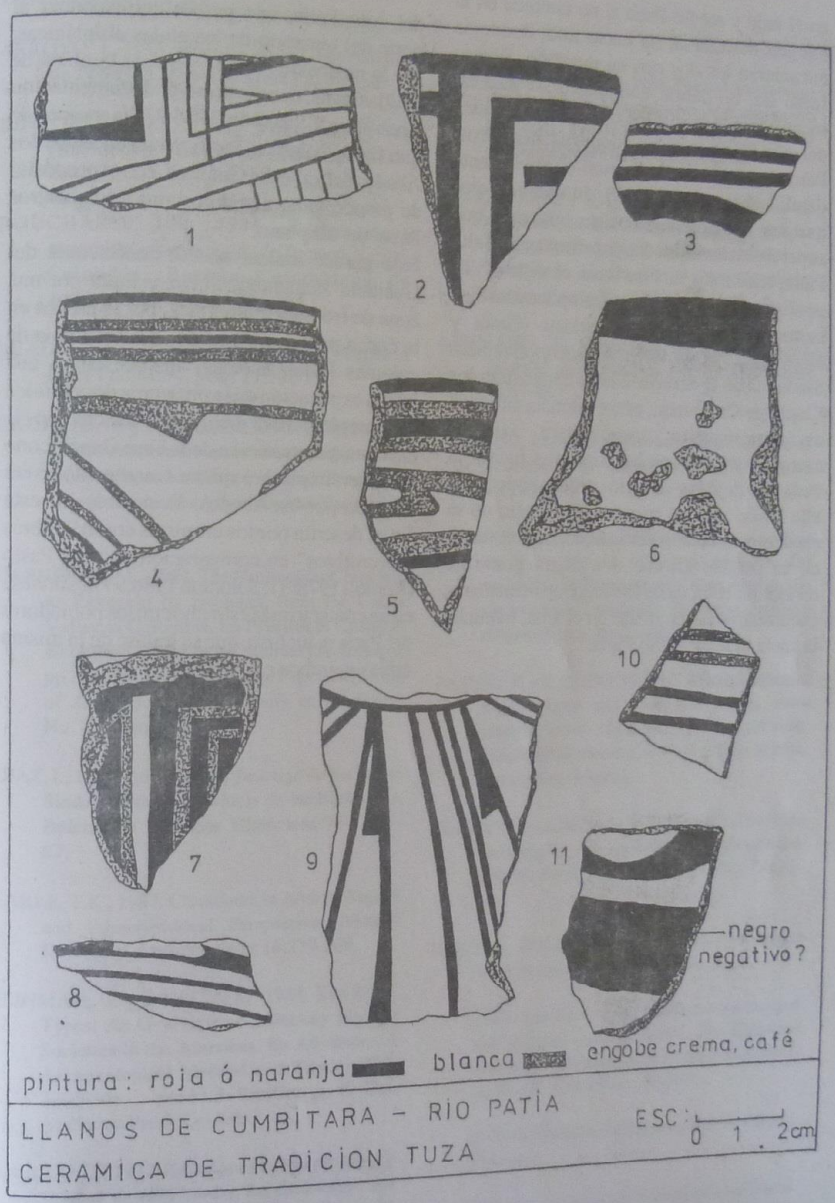

FIGURA 8

en el bajo y medio Patía si no también en la margen derecha de su curso alto, donde se encuentran los dos ríos en mención. Si esto fuese así, no habría ninguna razón para no identificar a la formación cacical prehispánica del alto Patía con los Sindagua históricos. Pero el argumento de Romoli es obviamente débil. Lehmann (1949:70), en cambio, cree que los dos toponímicos no son más que supervivencias de incursiones Sindagua al alto Patía, realizadas incluso hasta el siglo XVII; su afirmación, sin embargo, tampoco está bien sustanciada. Aunque Hooykaas (Groot y Hooykaas 1991:98) ha encontrado toponímicos Sindagua en la zona donde se encuentran los Llanos de Cumbitara, esta evidencia tampoco es concluyente como para afirmar categóricamente que los Sindagua fueron la étnia que dejó los vestigios arqueológicos del alto Patía. Así las cosas, y hasta tanto no se encuentre documentación histórica relevante, no es posible afirmar con algún grado de certeza qué etnia, de las varias que aparentemente encontraron los cronistas en el área, habitaba la suela plana del alto Patía.

La situación en el sur del territorio del Alto Patía, que parece corresponder al norte del territorio de las etnias altiplánicas, por lo menos de Abades y quizás también de Quillacingas, tiene una mejor documentación etnohistórica. Salomon (1986:97) ha encontrado que había colonias Pasto viviendo entre los Abades del valle del Guáitara, con el propósito de proporcionar algodón y oro a los centros Pasto del altiplano.

Esto parece indicar que la confluencia del Guáitara, Juanambú, Mayo y Patía era una zona de frontera multiétnica, por lo menos en la época previa al contacto. La presencia de colonias Pasto, además, aparece como una buena explicación de la presencia de cerámica del complejo Tuza en el área. En cambio, la existencia de cerámica de la Fase Guachicono no es tan simple de explicar si ese territorio era ocupado por los Abades. Es posible que esta étnia, descrita por los cronistas como "pobres y primitivos" en comparación con los Pasto (Romoli 1978:31; Salomon 1986:97), estuviese en un contacto más estrecho con los pobladores del Patía o, incluso, que se tratase de la misma étnia en ambos casos.

BIBLIOGRAFIA

ARROYO, J., 1955. **Historia de la Gobernación de Popayán**. Editorial Santa Fe, Bogotá.

BINFORD, L.R., 1962. Archaeology as Anthropology. **American Antiquity** 28:217-225.

BOUCHARD, J.F., 1984. Excavaciones arqueológicas en la región de Tumaco, Nariño, Colombia. **Revista Colombiana de Antropología** 24:125-335.

BRADLEY, R., 1982. The Destruction of Wealth in Later Prehistory. **Man** 17:108-122.

CADAVID, G. y H. Ordoñez, 1992. **Arqueología de salvamento en la vereda de Tajumbina, municipio de La Cruz (Nariño)**. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Bogotá.

CARNEIRO, R.L., 1991. The Nature of the Chiefdom as Revealed by Evidence from the Cauca Valley of Colombia. En **Profiles in Cultural Evolution**, editado por T. Rambo y K. Gillogly, pp 167 189. Anthropological Papers, Museum of Anthropology, University of Michigan, No. 85, Ann Arbor.

DIAZ, I., 1937. Sublevación y castigo de los Indios Sindaguas de la Provincia de las Barbacoas. **Boletín de Estudios Históricos** 75-77:85-87.

EARLE, T.K., 1987. Chiefdoms in Archaeological and Ethnohistorical Perspective. **Annual Review of Anthropology** 16:279-308.

FEINMAN, G. y J. NEITZEL, 1984. Too Many Types: An Overview of Sedentary Prestate Societies in the Americas. En **Advances in Archaeological Method and Theory**, Vol. 7, editado por M.B. Schiffer, pp 39-102. Academic Press, Orlando.

GNECCO, C.;, 1992. **Relaciones de intercambio y "bienes de élite" entre los cacicazgos del suroccidente de Colombia.** Ponencia presentada en el VI Congreso de Antropología en Colombia, Universidad de los Andes, Bogotá.

GNECCO, C. y D. Patiño, 1986. **Pobladores tardíos del alto Patía-Guachicono**. Manuscrito sin publicar, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Bogotá.

GROOT, A.M., y E. Hooikaas, 1991. **Intento de delimitación del territorio de los grupos étnicos Pastos y Quillacingas en el altiplano Nariñense**. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Bogotá.

LEHMANN, H., 1949. Les indiens Sindagua. **Journal de la Societe des Americanistes** 38:67-89.

1953. Archaeologie du sud-ouest Colombien. **Journal de la Societe des Americanistes** 42:199-270.

PATIÑO, D., 1982. **Investigación arqueológica en la región de Patía, al noroeste del municipio de Mercaderes, Cauca**. Manuscrito sin publicar, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Bogotá.

PATIÑO, D. y C. GNECCO; 1983. **Reconocimiento arqueológico del valle del Patía, zona septentrional**. Manuscrito sin publicar, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Bogotá.

PLAZAS, C. y A.M. FALCHETTI, 1983. Tradición metalúrgica del suroccidente colombiano. **Boletín del Museo del Oro** 14(Sep-Dic):1-32.

REICHEL-DOLMATOFf, G., 1965. **Colombia**. Thames and Hudson, Londres.

1977. Las bases agrícolas de los cacicazgos sub-andinos de Colombia. En **Estudios Antropológicos de G. y A. Reichel-Dolmatoff**, pp 23-48. Colcultura, Bogotá.

1978. **El Chamán y el Jaguar**. Siglo Veintiuno, México.

1987. **Arqueología de Colombia: un Texto Introductorio**. Segunda Expedición Botánica, Bogotá.

ROMOLI, K., 1963. El sureste del Cauca y sus indios al tiempo de la conquista española, según documentos contemporáneos del distrito de Almaguer. **Revista Colombiana de Antropología** 11:239-299.

1979. Las tribus de la antigua jurisdicción de Pasto en el siglo XVI. **Revista Colombiana de Antropología** 21:11-55.

ROWLANDS, M.J., 1980. Kinship, Alliance and Exchange in the European Bronze Age. En **Settlement and Society in the British Later Bronze Age**, editado por J. Barrett y R. Bradley, parte i, pp 15-55. BAR British Series 83, Oxford.

SALOMON, F., 1986. Vertical politics on the Inka frontier. En **Anthropological History of Andean Polities**, editado por J.V. Murra, N. Wachtel, y J. Revel, pp 89-117. Cambridge University Press, Cambridge.

TRIMBORN, H., 1949. **Señorío y barbarie en el Valle del Cauca**. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.

URIBE, M.V., 1979. Asentamientos prehispánicos en el altiplano de Ipiales, Colombia. **Revista Colombiana de Antropología** 21:57-197.

URIBE, M.V. y R. Lleras, 1982. Excavaciones en los cementerios proto-pasto y Miraflores, Nariño. **Revista Colombiana de Antropología** 24:335-381.

DOLMATOFF, pp 23-48. Colcultura, Bogotá.